

EL CARDENAL SANDOVAL Y ROXAS, natural de Aranda de Duero, protector de Cervantes

No ha de finalizar el año cervantino sin que nos paremos, aunque no sea más que en sus postrimerías, a enaltecer la figura prócer de nuestro Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Roxas, cuyo nombre ha corrido por rutas de gloria en cuantas ediciones se han hecho, en innúmeras lenguas, del Quijote.

Los palacios de los Sandoval y Roxas, descendientes en rancia alcurnia del Marqués de Denia, abríanse en espuma de cortesanía en la Plaza Mayor de nuestra villa al finalizar la cuarta década del siglo décimo sexto para hacer partícipe a la nobleza española del letífico regocijo por el nacimiento del primer vástago del Condado de Castro, que en el correr de prematuros años había de dar, con su juicio sapiente, gloria perenne a la Iglesia de Cristo y enaltecimiento inacabado a las letras españolas. Su abuelo, D. Diego Gómez de Sandoval, Adelantado de Castilla; su abuela, D.^a Beatriz de Avellaneda, nieta de D. Lope Ochoa de Avellaneda, Conde de Castro. Su padre, D. Hernando de Roxas, esforzado caballero, heredero de tan alto título y Mayordomo del Rey de Navarra; su madre, D.^a María Chacón, dama de virtud excelsa que con pálpito misterioso había de guiar por camino sin torcedura el paso primero de su hijo, acabado de nacer.

Dígase en largas biografías que fué en Alcalá colegial de Retórica y Humanidades con el celebrado preceptor y cronista Ambrosio de Morales; que como graduando en Teología, tuvo por maestro universitario en Salamanca al insigne Lector D. Juan Alonso Moscoso, Obispo de Málaga; que llegado apenas a la linde de los cuarenta años, propónole la Majestad de Felipe II para el Obispado de Ciudad Rodrigo y después para el de Pamplona y luego para el de Jaén, finalizando esta magnífica ascensión episcopal en la Silla Primada de Toledo; que la augusta Santidad de Clemente VIII, vístele con la púrpura cardenalicia de Príncipe de la Iglesia, que la alta prosapia de su mente clara y el indistinto equilibrio de su juicio recto y la voz segura de su sapiente alcurnia y la exquisitez de su corazón magnánimo,



Retrato del Cardenal Don Bernardo Sandoval y Rojas.

forzaronle, como alcándara de vuelos, a escalar, en audacia de nuevos periplos, los puestos altos y difíciles de la gobernación de la Patria, como Consejero del Estado, Inquisidor General, Canciller Supremo de Castilla, decididor en las Cortes, Preceptor de Infantes y de Príncipes. Quédese para nosotros el enmarcarle, aunque sea con embarazada holgura, en el cuadro, rútilo de luz, del Quijote o de cuanto a Cervantes se refiere.

Mi padre, Dr. D. Faustino Jimeno Vela, que no dejaba vagar su concertada pluma en vuelos de probables conjeturas, sino que cuanto de ella salía era medido y ponderado, escribía así de nuestro Cardenal: «Era de condición sumamente afable, comedido, circunspecto, pío, caritativo, prudente, de señalado y seguro consejo; estimaba en mucho tener buena conciencia; hizo siempre justicia al mérito y a la virtud, probándolo así una de las cosas que más enaltecieron su nombre, cual es la protección que siempre dispensó al autor del Quijote, Miguel de Cervantes y Saavedra, para que pudiera continuar su obra inmortal».

No hace falta quebrar nuestra vista en busca de viejos pergaminos que corroboren nuestro aserto, porque, una a una, en cuantas innumerables ediciones vertidas a todas las lenguas se han hecho del Ingenioso Hidalgo, el mismo Cervantes saldrá a nuestro encuentro para decirnos con voz clara en el Prólogo de la Segunda Parte: «*Viva el gran Conde de Lemos cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tuvo en pie; y viva la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Roxas. Estos dos príncipes, sin que solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo hacerme mereed y favorecerme en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.*»

Y no más que un mes antes de su muerte, el Príncipe de los Ingenios ponía en el papel el pulso, aun firme, de su pluma para reconocer nuevamente la inacabada munificencia del Príncipe de la Iglesia en carta cuyo autógrafo, como relicario de imperecedera memoria, acaba de estar a la vista de eruditos e investigadores en la exposición cervantina recientemente celebrada en Madrid y que con el siguiente pie «Carta autógrafa de Cervantes dirigida al Ilmo. Sr. D. Bernardo Sandoval y Roxas, Arzobispo de Toledo, fechada en 26 de marzo de 1616», dice así:

«*Muy Ylustre Señor:*

*Ha pocos días que recevi la carta de vuestra Señoría Yllus | trisrima
y con ella nuevas mercedes lo del mal que me aquexa pu | diera haver
remedio fuera lo bastante para tenelle con las re | petidas muestras
de favor y amparo que me dispensa vuestra Yllus | tre Pesona pero al
fin tanto arrecia que creo acabara con | migo aun quando no con mi*

*agradecimiento dios nuestro Se / ñor le conserve egecutor de tan
Santas obras para goce del / fructo dellas alla en su Santa gloria
como se la desea Su / humilde criado que sus muy magnificas manos
besa En Madrid / a 26 de marzo de 1616 años.*

Muy Ylustre Señor

Miguel de Cerbantes Saavedra.»

El malogrado arandino y esclarecido Obispo Civitatense, Ilustrísimo Sr. D. Silverio Velasco Pérez, en sus «Memorias de mi Parroquia», con vuelo de águila caudal, lanza desde la cumbre de la local historia la probable conjetura de que el futuro novelista y el futuro Cardenal, en la juventud de sus vidas, pudieron conocerse en Alcalá, en Salamanca o en Aranda, fundándose en que por entonces hubo en esta villa una familia numerosa de Saavedras, apelli lo que, sin ser el principal de su padre o de su madre, adoptó Cervantes, y que por ese tiempo estuvo en Aranda el fundador del Teatro castellano, Lope de Rueda, cuyas representaciones pudo presenciar el autor del Quijote, y que hubo en las Parroquias un sacristán Marcos Quijadas y una familia de Manchas y Rinconetes y, sino Maese Pedros, sí un Maese Juan que hacía retablos y que en junio de 1562, como consta en el Libro de Actas del Municipio, se avecindó en Aranda, Merlín, personajes todos que con algunas variantes se citan y figuran en la inmortal obra.

Nacido el Cardenal para la alta empresa cervantina, añadió a ella, con alto merecimiento del cielo, la de mantener en nobilísimo empeño la definición dogmática del Misterio de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, de lo cual pudo escribir en 14 de agosto de 1515 a su paisano el Arzobispo de Sevilla D. Pedro de Castro Cabeza de Vaca y Quiñones, nacido en Roa de Duero: «*De aquí adelante puedo tener en algo mi parecer y discurso, pues cuando recibí la de V. S. Ilma. había yo escrito otra en su misma conformidad al Rey (D. I. g.) de que estoy esperando respuesta por horas y con gran deseo de que este negocio se acabe bien y presto por lo que importa.*» Dos años más tarde, en 12 de septiembre de 1617, salió de Roma el decreto tan solicitado por la Majestad de Felipe III a instancias de nuestro Cardenal y del Arzobispo de Sevilla, por el que se ordenaba imponer silencio a los contradictores del misterio de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Tan grata noticia corrió velozmente por los ámbitos de la Patria, y Aranda, inflamada por la devoción que su Cardenal profesaba al limpísimo Misterio, agrupó en una Cofradía a los personajes de la más alta nobleza de la villa. que se declararon Esclavos de la Purísima Concepción.

En todo ello, cábenos el honor, alto y magnificante, de ser Aranda, en la entraña de la Vieja Castilla, la madre escogida que dió a luz a este Prelado esclarecido y que en su florida Parroquia, con esbelteces catedralicias, reci-

biera las aguas bautismales dejando de ello perennal memoria el Libro primero de bautizados en la Partida, que dice:

«En veinte dias de abril de dicho año (1546) se bautizó don Bernardo hijo de don Hernando de Roxas; fué su padrino Juan de Roxas y su madrina la de Santiago; en fe de lo qual firmé de mi nombre.—Diego de Oviedo.

Así su principio: alcurnia de nobleza. Así su fin: «*sine jactantia, pius; sinc superbia, nobilis; sine invidia, princeps; sine asperitate, constans*», como pregona con clamor inacabado el epitafio de su sepulcro en la Catedral primada.

Para recuerdo de su gloria en el año cervantino.

JACINTO JIMENO

DELEGADO DE LA COMISIÓN PROVINCIAL
DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS